

La heroicidad vista por un cristiano

Al concepto, ya muy aireado, de que no hay heroicidad ni santidad más meritoria que aquella heroicidad y santidad callada y anónima que día a día y hora a hora se va labrando en el fiel cumplimiento del deber, es un concepto tan hermoso por su verdad que nada importa volverlo a repetir.

La ejecución de un acto heroico de honda resonancia, admirado por la colectividad y aureolado por la fama y el recuerdo histórico, es en sí una bella lección permanente. Pero sin disminuir un ápice el mérito de esta clase de acciones, hemos de reconocer que, a veces, es más fácil el hecho heroico aislado que el adoptar constantemente un criterio o una doctrina a las distintas coyunturas de la vida (vida exterior y vida interior). En el hecho heroico aislado intervienen en muchas ocasiones diversos factores que lo predisponen o favorecen; factores de circunstancias y ambientes

que, repercutiendo en el temperamento del personaje, fomentan un estado emocional, una santa cólera o una visión resplandeciente del ideal.

Pero la vida silenciosa y monótona de constantes vencimientos, a veces en lo mucho y a veces en lo poco; en el valor no apreciado para romper con una amistad o con un círculo en defensa estricta de una justicia no valorada por la mediocridad; en cerrar los oídos y los ojos a ofertas y negocios en apariencia legítimos y que en conciencias laxas no supondría el menor escrúpulo; en mantener airoso un criterio sin descender a adulaciones, aun en perjuicio de granjearse antipatías en el campo de su vida o de su profesión; en la santa paciencia de soportar en ocasiones a semejantes con espíritu amplio de tolerancia y corrección; en el vencimiento de las propias pasiones, guardando en cada instante la fidelidad debida bien a la esposa, bien al estado célibe escogido.

Todo esto, en esa forma continuada y tenaz, bien merece una aureola eterna muy superior que la que corresponde a la defensa bélica de una plaza o a la muerte valerosa en combate al grito de un estandarte o de un símbolo.

Y existen héroes aún más callados; pecadores arrepentidos que Dios sabe cuánto les cuesta el rompimiento, por ejemplo, de un amor ilícito fuertemente enraizado a su constitución biológica; o la devolución de una riqueza fraudulenta sobre la que han edificado el sostén económico y social de su vida y de su hogar; y hasta conseguir el triunfo ¡cuántas lágrimas silenciosas, cuánto renunciamiento, cuánta pasión contenida! Y esta lucha interior es, repetimos, sola y callada, sin la ayuda de la trompetería guerrera, del grito entusiasta del combate o del brillo cegador de las armas.

Jesús SANTOS

LIBROS

VIAJE MARAVILLOSO (Andes Venezolanos)

De JEAN ARISTEGUIETA

Bajo el Signo de «Lírica Hispana».—Cáceres.

Un título subyugante este «Viaje Maravilloso», de Jean Aristeguieta, donde todo se vuelve fascinante andar, «cabellos de sauces», cascada sonora que nos va cayendo desde sus hermosas palabras hasta el alma.

El hechizo venezolano se desgrana sobre nuestros oídos hasta conjuntarse con la poesía de que ha sido pulsado. Un libro vehemente, hermoso, y, ante todo, maduro. Seguro de sí mismo. Discurre por un climax de asombrosos parajes poéticos donde respiran todas las gracias con que la Naturaleza dotó a este país.

Audacia majestuosa, por los temas geográficos, desde la contemplación del corazón hasta la vertiente casi petrificado del Cosmos.

Diálogos edénicos entre los ojos y una arquitectura lírica llevada con imágenes de luces paradi-

siacas que doran los «ARAGUANEYES» complacientes. Virgiliana forma de andar los caminos, de encontrar, como Ortega, «el yo en la circunstancia». He aquí un libro escrito con amor, con confidencias desde la hora en que se asoma a Jean Aristeguieta para que nos la muestre de este modo tan particular.

Esta hora, este tiempo, han sido seguidos para los que saben ver y para los que por miopía humana necesitan el sesgo de una voz bien templada, para llegar de vez en cuando a lo que Dios puso para todos en este mundo. Alucinante discurrir entre estrellas sonámbulas, libro irisado de atardeceres venezolanos.

La edición, cuidada, como nos tiene acostumbrados el signo de «Lírica Hispana».

EDUARDA MORO